NOTAS

NOTAS

*EL GRAN INQUISIDOR O
LOS BUSCADORES DE CERTEZA*

*Saúl López Noriega**

George Steiner considera a Dostoievski, junto con Tolstoi, los dos más grandes novelistas en la literatura universal. Existen los grandes escritores como Balzac, Víctor Hugo, Stendhal, Dickens, Dumas, pero gigantes sólo Dostoievski y Tolstói. Con Dostoievski, continua este filósofo francés, nos topamos con la realización a través de formas literarias de una madura y articulada interpretación trágica de la vida. El novelista ruso “abarca no solamente los archipiélagos de los asuntos humanos –los extremos y las soledades de la sinrazón–, sino también los continentes”.¹ El manejo estrepitoso y

apretado del tiempo, los elaborados y profundos diálogos, la pureza de los personajes en constante colisión, así como una visión hostil de la realidad (siempre en busca de ser confirmada por la prensa y los procesos judiciales), son los elementos que hacen de la obra de Dostoievski el drama novelado por antonomasia. Para el autor de *Crimen y castigo* “la forma dramática era la más cercana a la realidad de la condición humana”.²

Ahora bien, el propósito de este ensayo no es sumarse a la crítica literaria respecto al genio de Dostoievski, ni mucho menos estudiar su papel en la literatura universal. No soy un lector sistemático ni erudito de la obra de Dostoievski, más bien soy un lector errante. Así, en algún momen-

89

* Egresado de la licenciatura en Derecho del ITAM.

¹ George Steiner, *Tolstoi o Dostoievski*, 2002, Madrid, Siruela, p. 144.

² *Ibid.*, p. 176.

NOTAS

to, durante ese desordenado paseo literario tropecé con *Los hermanos Karamazof*. Esta última obra del novelista ruso, fue escrita durante 1879 y 1880, poco antes de su muerte, acaecida el 9 de febrero de 1881 en San Petersburgo. *Los hermanos Karamazof* se considera como la expresión artística más poderosa de la habilidad del escritor, nacido en Moscú en 1821, para plasmar en palabras sus análisis psicológicos y sus puntos de vista filosóficos.

Pero tampoco son *Los hermanos Karamazof* en su totalidad lo que despierta mi curiosidad e interés. Al menos no para efectos de este ensayo. Dentro de esta vasta obra se encuentra uno de los pasajes más profundos en su significado filosófico, que busca diseccionar uno de los rasgos más trágicos y dramáticos de la condición humana: El gran inquisidor. Casi al finalizar el libro quinto, titulado *en pro y en contra*, Iván Karamazof, al mantener una densa conversación respecto la inocencia de Cristo, le narra un poema de su autoría a su hermano Aliosha.

—[...] Verás, no te rías, pero debo hacerte saber que he escrito, hace un año, un poema acerca de eso. Si te quedan todavía diez minutos que perder en mi compañía, te lo contaré.

—¡Tú has escrito un poema!

—Bueno, en realidad no lo he escrito —respondió Iván, sonriendo—. No he hecho ni dos versos en toda mi vida, pero puedo decir que lo he compuesto y que lo llevo estampado en la memoria. Tú serás el primer lector; es decir, el primer oyente.

—¡Te escucho!

—Mi poema se titula: El gran inquisidor; es absurdo, ya lo verás.³

La historia del poema se sitúa en Sevilla, en tiempo de la Inquisición, quince siglos después de que Dios, por boca de su profeta, dijo: “Volveré pronto; respecto el día y hora, nadie lo sabe, ni siquiera el Hijo”. Precisamente en el día que se suscita la historia de Ivan Karamazof, Dios se digna a aparecer antes los mortales, no anunciando el prometido advenimiento del fin del mundo, sino más bien como una simple visita a sus hijos, en el lugar y hora en que más ardientes eran las plegarias. Asimismo, justamente, en aquel día, el cardenal, el gran inquisidor, en presencia del rey, la nobleza y de todo el pueblo, ha ordenado quemar a un centenar de herejes. Dios, tratando de no llamar la atención, camina entre la multitud. No obstante, todos lo reconocen. Se emocionan.

³ Fiodor Dostoievski, *Los hermanos Karamazof*, Madrid, Sopena, p. 516-7.

NOTAS

No hay indicio aún para considerar que sea Dios, mas todos están seguros de ello. Ante una pasión, ardor y excitación desbordante, que se contagia entre todo el pueblo, un invidente suplica a Dios que le devuelva la vista, ansia por ver al Señor todopoderoso... recobra la vista. Del mismo modo, una madre desconsolada ruega por nueva vida para su hija que, en ese momento, en paseo fúnebre, es llevada ante el pastor... la niña resucita. El pueblo, lleno de estupor, grita y llora. Sin embargo,

[e]n aquel momento pasa por delante de la iglesia el cardenal gran inquisidor. Es un viejo de noventa años, alto, erguido, de una delgadez de asceta. Los ojos, sumamente hundidos en sus órbitas, no han perdido todavía su enérgico brillo. Ahora no viste el traje pomposo que llevaba en el acto de la ceremonia mientras quemaban a los enemigos de la Iglesia; no, ahora lleva puesta su sotana vieja de fraile. Sus siniestros colaboradores y los esbirros del Santo Oficio, le siguen a respetuosa distancia. El inquisidor se detiene y observa de lejos. Ha presenciado toda la escena ocurrida poco antes: la invocación de la madre, la resurrección de la jovencita, lo ha visto todo, y su rostro se oscurece. Arruga la frente y sus ojos despi-

den llamaradas siniestras. De pronto señala a Jesús con el dedo y manda a los esbirros que le arresten: es tal su deber, y tal la costumbre del pueblo de humillarse, temblando, ante él, que pronto se dispersan por todas partes.⁴

Al morir el día, el Gran inquisidor acude al calabozo donde se encuentra el recién prisionero. Le advierte que pronto será condenado y que aquel pueblo que hace algún momento le adoraba, con una sola indicación de él, amontonará la leña que ha de abrasarle. Pero el verdadero motivo de su visita es otro.

El viejo cardenal, con ira y resentimiento, busca reclamarle, reprocharle la libertad que otorgó al hombre. Esa libertad que tan desdichados y miserables ha hecho a todos los hombres, en todos los tiempos. Otorgando la libertad, el libre albedrío, Dios deseaba el amor del hombre, bien meditado, y no la humillación servil de un esclavo aterrorizado. Te presentaste, señala el gran inquisidor, “anunciando a los hombres una libertad que su idiotez y malignidad no les deja comprender; una libertad pavorosa, puesto que para el hombre y para la sociedad no ha habido nunca nada más poderoso que la libertad”.⁵

⁴ *Ibid.*, p. 519.

⁵ *Ibid.*, p. 521.

NOTAS

92

Sin embargo, continua el gran inquisidor, tú, Jesús, señor todo poderoso, “olvidaste, pues, que el hombre prefiere a la libertad de escoger entre el bien y el mal la paz, aunque sea la paz de la muerte [...] la libertad que tú les diste no les sirve sino para vivir llenos de duda y terror”.⁶ Por ello, como miserables e insignificantes que son los hombres claman todo el tiempo por un patrón, un amo: la Iglesia, afirma el gran inquisidor. “[...] Hemos corregido tu obra, fundándola sobre el *milagro*, sobre el *misterio*, sobre la *autoridad*. Y los hombres se han alegrado al verse libres de aquel don fatal de pensar que tantas inquietudes y sufrimientos les causaba [...] los hombres no se han creído jamás tan libres como ahora que han puesto su libertad a nuestros pies”.⁷ Nosotros, la Iglesia, sentencia finalmente el Gran inquisidor

[...] les probaremos que son débiles, débiles chiquillos, y que sin embargo, la felicidad de los niños tiene sus dulzuras particulares. Nos admirarán temiéndonos, y se maravillarán al pensar en la energía y el genio que habremos necesitado para domar y reducir a tanto rebelde inveterado. Tendrán miedo de nuestro enojo, y sus ojos,

a semejanza de los de las mujeres y los niños, serán fuentes de lágrimas. No obstante, a una simple seña nuestra, su tristeza se convertirá en alegría, y su mueca de espanto en dulce sonrisa. Les obligaremos a trabajar, ¡qué duda cabe!; pero organizaremos sus pasatiempos, les haremos divertirse, como niños, honestamente. ¡Oh, y hasta les permitiremos pecar...! ¡Son tan débiles...! Y como les permitiremos pecar, nos amarán más todavía. Les diremos que cada pecado cometido les será perdonado después... y será por cariño, por amor, por lo que les dejaremos que pequen, ya que nos tomaremos nosotros el trabajo de absolverles dejándoles a ellos el placer obtenido en el pecado. Así, ganaremos su confianza, y nos lo confesarán todo; y según sean más o menos obedientes, les permitiremos, o impediremos, que vivan con sus esposas o amantes, que tengan o no hijos, y en todo nos obedecerán con gusto. Nos confiarán los secretos más íntimos de su conciencia, y seremos nosotros los que decidiremos y fallaremos según convenga, fallos que serán aceptados por ellos con alegría, ya que, de ese modo, *se librarán del tormento de tener que escoger, temiendo equivocarse*. Todos los seres de la tierra serán igualmente

⁶ *Ibid.*, p. 523 y 525.

⁷ *Ibid.*, p. 520 y 524.

NOTAS

felices, salvo algunos escasos millares, y salvo... nosotros, los depositarios del secreto... Nosotros seremos desgraciados. Pero no importa; vivirán contentos millones de millones de hombres, y sólo un centenar de miles serán mártires del conocimiento, exclusivo y maldito, del bien y del mal.⁸

De esta manera, a través de este crudo pasaje, olvidado por los eufemismos, Dostoievski aborda el tema de la libertad. El drama de la libertad. Para el Gran inquisidor la libertad no es algo digno de alabar, defender; un valor por el que haya que luchar en busca de la dicha humana. Por el contrario, la libertad de elección es un yugo, la sentencia más severa posible, cuyo resultado es situar la existencia humana en un estado insoportable e insufrible.

El drama de la libertad de elección reside en la duda e incertidumbre que genera el ejercicio de decidir y elegir. En efecto, toda decisión, como apunta Edgar Morin, es una apuesta y, como tal, no permite plena certeza respecto de su resultado final. La posibilidad de errar y la responsabilidad que esto genera es latente. Decidirse por una profesión, una pareja, un hijo, una amistad, un viaje, una ruta... por cualquier opción o posi-

bilidad suscita, en menor o mayor medida, cierto grado de incertidumbre, zozobra e indeterminación.

Pero, la intranquilidad es aún mayor: Octavio Paz consideraba que el azar y la elección no sólo son los progenitores del amor, sino de todas las esferas que componen la vida de un individuo. De tal manera, que si bien es cierto que cada persona tiene la capacidad de elegir entre ciertas opciones, también lo es que no es omnipotente. No puede determinar de manera total su vida, pues se enfrenta a las circunstancias, las cuales, por su naturaleza, no responden a ninguna lógica sino al azar y al absurdo.

Así, los hombres “deseamos la verdad [la certeza] y sólo encontramos la incertidumbre [...]”.⁹ Por ello, el Gran inquisidor no sólo nos facilita la existencia al arrebatarnos la libertad de elección; asimismo, ante la ambigüedad del hombre, ante una vida sin sentido (un absurdo decía Camus), ante un mundo caótico, cruel, disonante e ininteligible, funge como patrón de referencia, el cual determina las pautas y parámetros en todas las esferas de un individuo: políticas, económicas, sociales, morales, estéticas, lúdicas, etcétera. Como bien señala Isaiah Berlin,

⁸ *Ibid.*, p. 526 (subrayado mío).

⁹ Blas Pascal, *Pensamientos*, 1986, México, Porrúa, p. 305.

NOTAS

[...] donde no hay elección no hay intranquilidad, y sí una feliz liberación de la responsabilidad. Algunos seres humanos han preferido siempre la paz de la cárcel, una seguridad satisfecha, y una sensación de haber encontrado por fin el puesto adecuado que uno tiene en el cosmos, a los dolorosos conflictos y perplejidades de la desordenada libertad del mundo que está fuera de los muros de la prisión.¹⁰

La libertad de elección como parte de individualismo de la Ilustración y, posteriormente, del liberalismo ha penetrado hasta la médula de las sociedades modernas. Sea en los discursos políticos, en los textos universitarios, en los medios de información e, inclusive, en los comerciales y campañas publicitarias, la libertad de elección es pregonada por doquier. Se tú mismo, elige tu propio camino, no te dejes influenciar por los demás... bla, bla, bla.

Es indubitable la valía que tiene, actualmente, la posibilidad de elegir tu propio plan de vida con todo lo que ello implica. No obstante, esta libertad de elección ha sido un derecho que, en realidad, poco se ha ejercido. O, en no pocas ocasiones, se ha en-

tendido de manera trivial y frívola, considerándose que escoger entre diferentes marcas de shampoo o de enjuague bucal, por ejemplo, es ejercer la libertad de elección. *El gran inquisidor* de Dostoievski, representado por la Iglesia católica se puede (y se ha) extrapolado a otras figuras, como la opinión de la mayoría, la razón, los sistemas filosóficos, el destino, la moda... que fungen como patrones de referencia. Que nos alivian del penoso, pero bien apreciado, ejercicio de decidir.

Irónicamente la sociedad contemporánea, la sociedad que enaltece la libertad de elección, al transformarse en “[...] una realidad en que ya no se observa jerarquía alguna, donde toda escuela, actitud u opinión es igual de válida, cualquier cosa está permitida y todo es relativo y susceptible de ser puesto en duda [...]”;¹¹ busca, incesantemente, por todas las vías posibles, algo de donde asirse.

El avance de la ciencia y la tecnología, por un lado, ha demostrado que la certeza respecto a la infalibilidad de la verdades científicas es tenue y, por el otro, que su desarrollo ha dejado poco espacio para la figura de Dios en la medicina, la física, la química, etc.; la permeabilidad social ha corroído la certidumbre que

¹⁰ Isaiah Berlin, *Cuatro ensayos sobre la libertad*, 1988, Madrid, Alianza, p. 208.

¹¹ Ryszard Kapuscinski, *Lapidarium IV*, 2003, Barcelona, Anagrama, p. 88.

provee una sociedad organicista; el desarrollo industrial pone en duda el futuro de diversos recursos naturales; la vida moderna ha arrojado como resultado, entre otros, el advenimiento de nuevas y complejas enfermedades. En las sociedades occidentales modernas se ha sometido a indeterminación a prácticamente todas las esferas sociales, económicas, políticas y culturales.

Ante esta viscosidad, maleabilidad y ductilidad, la gente necesita un piso sólido. Un punto de referencia. De aquí el resurgimiento de movimientos nacionalistas (tribales), fortalecimiento de fundamentalismos religiosos, proliferación del consumismo y omnipotencia de los medios de comunicación masivos. Éstos y otros fenómenos similares han aumentado, cuantitativa y cualitativamente, debido a que ofrecen un predeterminado tabulador de lo que es bueno y malo, feo y hermoso, deseable y repugnante. No hay que olvidar que “la gente cree en todo aquello que le resulta más cómodo”.¹² Como señala Alejandro Rossi, basta una probabilidad o un caso para hacer de una conjetura una verdad absoluta o una generalización cierta.¹³ Los hombres

somos, en todo momento, unos buscadores de certeza.

Todo esto no significa que no esté de acuerdo con la libertad de elección o me sitúe en un pensamiento antiliberal. Me parece que la libertad de elección es un derecho del cual debe gozar todo individuo. Cada quien debe elegir lo que considere adecuado para su proyecto de vida, siempre y cuando, mantenga como límite de esta libertad a la otredad, ese otro individuo que también busca un espacio para ejecutar y realizar sus decisiones. Sin embargo, ¿a pesar de que anhelamos y deseamos la libertad de elección, al gozar de ella somos incapaces de sobrellevarla? ¿Nuestra búsqueda de certeza nos condena, entonces, inexorablemente, a vivir bajo el yugo de un inquisidor en la forma en que éste se presente? ¿Es la libertad de elección y, como resultado, la falta de una certidumbre una contradicción irresoluble? Tal pareciera que Dostoievski encapsuló una de las condiciones más dramáticas del hombre: el deseo de la libertad de elección y la necesidad de una certidumbre; ambas, desafortunadamente, excluyentes.

En varias ocasiones, a lo largo de su prolífica obra, Octavio Paz mostró su escepticismo ante el pensamiento liberal, no porque no estuviese de acuerdo con éste, sino por su miopía y penuria: el liberalismo, aseguraba

¹² *Ibid.*, p. 136.

¹³ Cfr. Alejandro Rossi, *Manual del distraído*, 1987, México, FCE, p. 9.

NOTAS

el poeta mexicano, deja sin contestar la mitad de las preguntas del hombre. La necesidad de una certidumbre y el deseo de la libertad de elección se sitúa en este último reglón. Es necesario que el pensamiento moderno apunte en esta dirección, pues el problema, probablemente sin solución, “no es matar a Dios, sino encontrar en la no existencia de Dios una nueva certidumbre.”¹⁴

¹⁴ Octavio Paz, *O.C., Miscelánea III, Entrevistas*, 2003, México, FCE, t. XV, p. 32.